

Experiencia de un predicador

Fr. Timothy Radcliffe, O.P.

Curso de Comunicación y Predicación, 19 de Diciembre de 2009

Presentación

"Ciertamente es un gran placer para mí volver de nuevo a España, pero por favor perdonad mi español. No he hablado en español durante mucho tiempo y casi lo he olvidado. Me han pedido que os hable sobre los retos para la predicación del evangelio, y para ello voy a comenzar con la gran recomendación de predicar que hallamos al final del evangelio de San Mateo. Jesús dijo a sus discípulos: "Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt. 28, 19 ss.).

Esta es el gran mandato misionero del Nuevo Testamento. Contiene tres elementos: la bienvenida a la comunidad, la doctrina –sobre todo sobre la Trinidad- y la enseñanza de la obediencia a los mandamientos de Jesús. Estos elementos son intrínsecos a nuestra misión en el siglo XXI."

1.- La aventura de la doctrina

Ciertamente es un gran placer para mí volver de nuevo a España, pero por favor perdonad mi español. No he hablado en español durante mucho tiempo y casi lo he olvidado. Me han pedido que os hable sobre los retos para la predicación del evangelio, y para ello voy a comenzar con la gran recomendación de predicar que hallamos al final del evangelio de San Mateo. Jesús dijo a sus discípulos: "Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt. 28, 19 ss.).

Esta es el gran mandato misionero del Nuevo Testamento. Contiene tres elementos: la bienvenida a la comunidad, la doctrina –sobre todo sobre la Trinidad- y la enseñanza de la obediencia a los mandamientos de Jesús. Estos elementos son intrínsecos a nuestra misión en el siglo XXI.

Fijémonos en la comunidad. Me encanta la imagen de amasar el pan. ¡Como buen dominico, me gusta más la idea de hacer el pan, que el hecho de hacerlo! Estirar la

masa

todo lo que sea posible y volver a recogerla hacia el centro. Los bordes de la masa vuelven a recogerse una y otra vez hacia el centro y de nuevo vuelven a estirarse. Así es como se prepara el pan y así es como se construye la comunidad eucarística, alargando la mano a los que están en los límites más lejanos y reuniéndolos en el centro de la comunidad. La comunidad cristiana es algo paradójico ya que precisamente su centro es el que había sido echado fuera, el que había sido expulsado del campamento. Y por tanto son los despreciados, los fracasados, los rechazados, los marginados a quienes debemos reunir en el centro, lo mismo que hacemos con la masa a la hora de meterla en el horno.

Para mí, un momento simbólico de todo esto fue el entierro de un amigo mío llamado Benedict. Una de mis preocupaciones a principio de los años ochenta fue la respuesta de la Iglesia al problema del Sida. Los Dominicos organizamos una conferencia, que por cierto tuvo un éxito sin precedentes, a la que acudieron médicos, enfermeras, personas con sida, capellanes, teólogos. Quise escribir un artículo para *The Tablet* titulado “El cuerpo de Cristo tiene Sida”, y para ello me fui a hablar con el mejor experto en sida de Inglaterra, que en ese momento trabajaba en un hospital de Londres. Al final de nuestra conversación me dijo que había un hombre joven en la sección de enfermos de Sida que estaba muriéndose, se llamaba Benedict y había estado preguntando por Timothy y nadie sabía quien era el tal Timothy. ¿Acaso era yo? Fui a verle, y resultó que efectivamente, él había estado presente en nuestra conferencia. Pocos minutos antes de su muerte me pidió si podría celebrar su funeral en la Catedral de Westminster. En aquellos días, cuando el Sida aún era poco conocido, esto era una temeridad, pero sin embargo, conseguimos permiso de las autoridades para hacerlo. Su féretro, justo en el medio de la Iglesia católica más importante de Inglaterra, era un símbolo de lo que la Iglesia está llamada a ser. Estaba rodeado de la gente ordinaria que acudía a la misa diaria, así como de personas con sida, enfermeras, doctores y amigos gays. Aquel que había estado en la periferia, debido a su enfermedad, y a su orientación sexual y sobre todo porque ahora estaba muerto, estaba en el centro, y reunidos en torno a su cuerpo los sencillos y los excluidos.

Está claro, por tanto, que pertenece a nuestra misión el ser comunidad y una comunidad un tanto extraña. Pero no quiero detenerme mucho en esta idea de comunidad ya que en la Europa moderna la idea de comunidad está ampliamente aceptada. Tony Blair nombró un ministro de la Comunidad, y todos nosotros pertenecemos a la Comunidad Europea. Y por tanto es una idea a la que la mayoría de la gente está instintivamente abierta. Me gustaría en cambio fijarme en los otros dos elementos de la predicación que son más difíciles de entender para nuestra sociedad: la doctrina y la visión moral.

La doctrina es vista con frecuencia como lo doctrinario. Al menos en Inglaterra es una arrogancia intentar imponer tus doctrinas a otra gente. Los pensadores de la Ilustración eran ilustrados porque fueron capaces de liberarse a sí mismos de las doctrinas del pasado, especialmente del dogma católico. Estaban dogmáticamente opuestos al dogma. Comentaba en una ocasión G.K. Chesterton: “Solamente hay dos clases de personas, los que aceptan los dogmas y son conscientes de ello, y los que aceptan los dogmas y no son conscientes de ello¹”. Él defendía que los seres humanos son animales

1. “The Mercy of Mr. Arnold Bennet” *Fancies vs. Fads*. London 1923.

que hacen dogmas. “Los árboles no tienen dogmas. Los nabos son particularmente tolerantes”.

Sin embargo, la mayoría de la gente educada piensa que las doctrinas son para los niños. Los adultos piensan por sí mismos. Pero por otra parte en todas partes del mundo existen grupos de fundamentalistas – religiosos o seculares - que de hecho son dogmáticos en el peor de los sentidos, coloreando el misterio de Dios con algunas frases sencillas, haciendo que la gente en su desesperación lo devore.

Quizás el primer reto para la misión de la Iglesia es este: Ser Iglesia misionera es ser Iglesia que enseña. Pero ¿cómo podemos enseñar sin volvernos intransigentes y fundamentalistas? ¿Cómo podemos predicar las grandes doctrinas de la Iglesia como fascinantes y vivificadoras? Esto es lo que voy a considerar hoy. Y más tarde consideraré el otro gran reto para nuestra misión: ¿Cómo podemos ofrecer una enseñanza moral que no sea moralizadora? ¿Cómo podemos ofrecer una visión moral fuerte que sea madura y liberadora?

Cuando estaba pensando en estas cosas, miré por la ventana de mi celda en Blackfriars de Oxford y me di cuenta que el gran mostajo o mostellar estaba comenzando a echar hojas. Estaba lleno de vida. De hecho, amenaza con invadir mi cuarto si no tengo cuidado. Este árbol es majestuoso desde la última hoja de su copa hasta sus raíces más profundas. Es todo un mostajo. Pero se mantiene vivo porque está abierto más allá de sí mismo, a algo que no es árbol. Sus hojas están abiertas a la luz del sol que la convierten en azúcares. Están abiertas a la lluvia, que lo refresca, al viento que le da forma. El árbol está abierto a las palomas que anidan en él y que no dejan de arrullar y de aparearse. Su corteza es su cara viva, y sus raíces se hunden en el suelo buscando alimento. Esta fue una imagen que también suscitó la imaginación de Jesús: “¿A qué es semejante el Reino de Dios? ¿A qué lo compararé? Es semejante a un grano de mostaza, que tomó un hombre y lo puso en su jardín, y creció hasta hacerse árbol, y las aves del cielo anidaron en sus ramas” (Lc. 13, 18 ss.).

Lo que más me sorprende a mí de este árbol es que es majestuoso pero solamente florece por estar abierto más allá de sí mismo. Un árbol que estuviera herméticamente cerrado al mundo exterior moriría. Esto es aplicable también a la Iglesia: debe ser sincera consigo misma, y no dejarse llevar por cualquier moda pasajera, debe estar enriquecida en la tradición. Pero solamente estará viva si se abre más allá de sí misma. Sus hojas han de estar abiertas a todo lo que nuestros contemporáneos piensan y sienten, a sus preguntas e inquietudes y a sus gozos. Debemos estar abiertos a lo que ellos viven y aman. De lo contrario la Iglesia morirá.

Debemos resistirnos a la cómoda seguridad del gueto y a la pasividad de la asimilación. Este ha sido el reto que se le ha presentado al Judaísmo durante siglos. Jonathan Sachs escribió un libro conmovedor, *¿Tendremos nietos judíos?* ¿Tendremos nietos cristianos? ¡Al menos como frailes dominicos la mayoría de nosotros no tenemos nietos con lo cual tenemos una preocupación menos!

Lo que yo quiero sugerir esta mañana es que la doctrina es algo capital para nuestra misión. Es nuestro hogar. Es el credo en el que hemos sido bautizados. Hubo un viejo dominico irlandés llamado el Cardenal Brown. Había sido Maestro de la Orden y Teólogo

del Papa. De niño había sido bautizado de emergencia por una monja anciana. Ya de mayor la estuvo buscando para darle las gracias. Ella le dijo, “Eminencia, fue un gran honor para mí haberle bautizado... en el nombre de Jesús, María y José”. De repente pensó él: ¡si nunca fui bautizado adecuadamente, entonces no estoy ordenado y lo peor de todo, no soy Cardenal!

En fin, ¿qué tiene que ver la doctrina de la Trinidad con el siglo veintiuno? ¿No se tratará acaso de oscuras matemáticas celestiales, gente contando los ángeles que caben en la punta de un alfiler? ¿Qué puede significar esta doctrina para los jóvenes que tienen que vérselas con el desempleo, la violencia callejera de las grandes ciudades, el diálogo con los musulmanes? Pienso que es el mejor regalo que podemos ofrecer a nuestro mundo de hoy. No hay ningún ser humano que no busque de alguna manera el amor. Para la mayoría de la gente eso significa el estar vivo. En la Trinidad descubrimos el misterio del amor que buscamos.

Aquí tenemos un amor de perfecta igualdad, libre de cualquier dominio o manipulación. Se trata de un amor que es absolutamente despatriarcalizado, que da la existencia al amado sin perder el propio ser. Es el amor por el que el Padre da todo al Hijo, incluso la divinidad y la igualdad. Cuando un adolescente se enamora por primera vez, en ese mismo momento está emprendiendo el estudio de la Trinidad. Cuando los padres aprenden a amar a sus hijos y les ayudan en el largo camino hacia la madurez, eso es amor trinitario en acción.

Pero ciertamente este es un dogma que solamente podremos compartir con los otros en la conversación. De hecho la palabra “homilía” proviene de la palabra griega “conversación”. Todo esto es así porque la Trinidad es la conversación eternamente amable e igual del Padre y del Hijo, que es el Espíritu Santo.

Y esta es la razón por la cual nuestro Dios se hizo humano en un hombre de conversación. Todo el evangelio de San Juan es una serie de conversaciones en las que Jesús habla con Nicodemo de noche; habla con la mujer samaritana en el pozo, con el consiguiente escándalo para sus discípulos que se sorprendieron porque estaba hablando con una mujer de mala reputación; habla con el ciego de nacimiento, cuando todos los demás se conforman con hablar de él. Toda la última cena es una larga conversación en la que responde a las preguntas de la gente y les propone también algunas cuestiones. Conversa cuando camina, cuando come y bebe. Conversa con Pilatos hasta que la muerte le impone silencio, pero en la mañana de Pascua conversa de nuevo con María Magdalena, llamándola por su nombre, preguntándola y enviándola a hablar con sus discípulos. ¡El día de pascua, la conversación es resucitada de entre los muertos!

Existe un cierto nerviosismo cuando se equipara la predicación con el diálogo. En el Sínodo sobre Asia, los lineamenta propuestos por el Vaticano ponían el diálogo en segundo lugar después de la proclamación. Causaba un cierto nerviosismo que si priorizábamos el diálogo, entonces pudiéramos caer en el relativismo. Sin embargo, esta es una falsa dicotomía. El único modo de proclamar la buena nueva del Dios Trino es a través de la conversación. El medio es el mensaje. Hacerlo de otra manera sería como golpear a la gente para que se conviertan en pacifistas. El diálogo no es una alternativa a la predicación. Es el único modo de predicar. El Papa Benedicto en su

última Encíclica *Caritas in veritate*, argumenta: “En efecto, *la verdad* es “logos” que crea “*dia-logos*” y, por tanto, comunicación y comunión. La verdad, rescatando a los hombres y mujeres de las opiniones y de las sensaciones subjetivas, les permite llegar más allá de las determinaciones culturales e históricas y apreciar el valor y la sustancia de las cosas” (4).

No puede darse verdadera conversación sin conversión. Las palabras tienen la misma raíz. Sin embargo, todos nosotros nos convertimos cuando se da un auténtico diálogo. ¡Si yo dialogo con un musulmán o con un ateo, lo hago con la esperanza de que tanto él como yo nos convirtamos! Pierre Claverie, el obispo dominicano de Orán en Argelia, dedicó toda su vida a dialogar con los musulmanes. Fue un proceso constante de conversión para él, descubriendo a Cristo en sus amigos musulmanes. Fue también una conversión para sus amigos. Algunos se hicieron cristianos, poniendo en riesgo sus propias vidas, y otros se convirtieron en mejores musulmanes. Está en las manos de Dios el modo como esto sucede. Cuando murió, una mujer presente en su funeral se puso de pie y dijo que él era también el obispo de los musulmanes. Y entonces toda la asamblea de sus amigos musulmanes profirió lo mismo.

Estoy profundamente convencido que la misión de la Iglesia de este siglo en Occidente depende de nuestro redescubrimiento del entusiasmo de la doctrina. Por ejemplo, la Trinidad puede que sea un misterio que sobrepasa nuestro entendimiento, pero como dice Tom Groome del Boston College, es el misterio que lo explica todo.

Es una doctrina que necesariamente nos sorprende siempre, ya que es nuestra participación en la vida del Dios que hace todas las cosas nuevas. Es nuestra visión fugaz del Dios que es, como dice Santo Tomás, acto puro, totalmente dinámico. Santo Tomás incluso se pregunta perplejo si la palabra “Dios” no sería mejor entenderla como verbo que como nombre. Como decía Chesterton, la ortodoxia es siempre una aventura. Es siempre sorprendente, un destello de la vida para la que hemos sido hechos, como lo fuimos la primera vez. De lo contrario se convierte en lo que Karl Rahner llamaba la herejía de la ortodoxia muerta.

Normalmente nuestros modos de ver el mundo son profundamente dualistas: el día/la noche; lo blanco/lo negro; lo masculino/lo femenino; el cuerpo/el alma. ¡Con frecuencia estos dualismos marcan los contrastes que dan identidad a las personas: nosotros/ellos; correcto/incorrecto; Republicano/Demócrata; izquierda/derecha; Jesuita/Dominicano! Nuestra política, nuestros deportes, nuestros amores y nuestros antagonismos son normalmente dualistas. Sin embargo, encontrarnos sumergidos en un amor Trinitario significa estar liberados incluso de estos contrastes. Nos encontramos a nosotros mismos dentro del amor del Padre por el Hijo, y del Hijo por el Padre, que es el Espíritu Santo. Este es un amor totalmente recíproco y fructífero más allá de sí mismo. Por tanto, encontrarse dentro de la vida de la Trinidad nos lleva más allá de los límites de los pequeños caprichos pasajeros y antagonismos que limitan a los seres humanos. Somos conducidos a un espacio cada vez más amplio.

De esta manera la Iglesia solamente podrá prosperar y florecer si entablamos conversación de una manera imaginativa con nuestros contemporáneos. Alistair McGrath decía que el ateísmo fue capaz de captar la imaginación del siglo diecinueve. Se presentaba como la gran liberación de un Dios autoritario. Sin embargo, los

regímenes sin Dios del siglo veinte han mostrado que el ateísmo ha conducido a los campos de exterminio y a los campos de concentración. La cuestión es si nosotros seremos capaces de captar la imaginación de nuestros jóvenes de hoy, lo cual significa también si nosotros seremos capaces de dejarnos captar por su imaginación.

Hubo un sacerdote joven en Cracovia llamado Karol Wojtyla que era conocido como poeta y dramaturgo. Cuando el Primado de Polonia, el Cardenal Wyszynski, estaba buscando un nuevo obispo auxiliar para Cracovia, Wojtyla era el último en su lista. Era un soñador, un poeta, un hombre con la mente en las nubes. Wyszynski estaba buscando a alguien que pudiera luchar contra los comunistas, con astucia política. Los comunistas estaban a favor de Wojtyla por esas mismas razones, por eso les encantó cuando fue nombrado. Pero resultó que Wojtyla creía en el teatro y en la poesía de la resistencia. Creía que el mejor modo de oponerse al Comunismo era cautivando la imaginación de los Polacos, dándoles bellas palabras. Cuando los Polacos pudieran imaginar de nuevo un mundo diferente, un mundo luminoso, entonces el mundo aburrido y lóbrego del comunismo se derrumbaría.

La predicación tiene lugar en el encuentro de la tradición con la imaginación contemporánea, con sus dudas, sus preguntas, con su experiencia y sus alegrías. No importa si la gente que nos inspira son cristianos o no, lo que importa es que son gentes que piensan, buscan y sienten. Mi hermano Chrys McVey citaba el libro del Éxodo 33,7: “Todo el que tenía que consultar a Yahvé salía hacia la Tienda del Encuentro que estaba fuera del campamento”, y comentaba: “es fuera del campamento, en todas las Galileas que nos rodean, donde descubrimos lo que es la misión: estar en misión es estar fuera del campamento. Y descubrir con los otros todo lo que hace referencia a Dios”². Cuando los dominicos franceses querían construir una nueva casa para los estudiantes cerca de Lyon, propusieron como arquitecto a Le Corbusier. Alguien objetó diciendo que no era cristiano, pero le contestaron, “no importa. Es el mejor arquitecto de Francia”.

Dorothy Day decía que su vida estaba fundada sobre las enseñanzas de Jesucristo y de su Iglesia y sobre la lectura de novelas: Dostoevsky, Tolstoy, Gorki: Me gustaría que la gente dijera “realmente amaba esos libros”...Este es el sentido de mi vida – vivir con arreglo a la visión moral de la Iglesia y a la de algunos de mis escritores favoritos... considerar seriamente a estos artistas y novelistas, y poder vivir de su sabiduría”³. Uno de los enemigos de la fe es la vanidad, lo prosaico y lo perogrullesco. Cualquiera que despierte nuestra imaginación puede ser nuestro aliado.

Cuando estaba volando con destino a Sidney, volví a ver la maravillosa película *Los Hijos de un Dios menor*, es la historia de un hombre que enseña en una escuela para sordos y que se enamora profundamente de una bella mujer enfadada que estaba confinada en su propio silencio. Llegado un cierto momento ella le canta: “A menos que tu me dejes ser un “Yo” como tu eres un “Yo”, no puedo permitir que tu entres en mi silencio para conocerme”. Y pensé “Exacto. Qué descripción más profunda del amor. Esto es lo que significa la Encarnación”. Y salí corriendo por el pasillo, con lágrimas en mis ojos, para pedir a la azafata un trozo de papel donde poder anotar esto. Posiblemente ella pensó, “otro trastornado que se ha pasado con la bebida”.

2. “Meeting Do outside the camp”.

3. Elie 452.

Por tanto, la enseñanza firme, la doctrina sana, es siempre una incursión en el terreno de lo desconocido, un estar expuesto a la novedad de Dios. El amor Trino nos libera de las fáciles dicotomías a las que nos tiene acostumbrados nuestra cultura: verdadero/falso; progresista/conservador. El amor del Padre por el Hijo y el del Hijo por el Padre es siempre una liberación en el Espíritu desconocido, que nos empuja más allá de antagonismos y apasionamientos fáciles e introvertidos. Es la voz del Buen Pastor que nos llama a salir de la seguridad de nuestros pequeños rediles hacia praderas más amplias. Tom Beaudoin de la universidad de Fordham escribía: Buscamos la fe en medio de profundas ambigüedades teológicas, sociales, personales y sexuales⁴. Mostramos nuestra confianza en la tradición, en Agustín y el Aquinate y en los Padres Orientales, precisamente atreviéndonos a aventurarnos en ciertas ambigüedades y en no estar seguros donde acabaremos. Como nos advertía el Cardenal Richelieu: “Allá tu si abandonas las ambigüedades”.

La Teología solamente estará viva si nos atrevemos a jugar con las ideas, a lanzar hipótesis para ver si funcionan. Necesitamos libertad para decir las cosas aunque sea de manera imperfecta mientras buscamos cómo decirlas bien. El Maestro Eckhart decía que nadie consigue la verdad si no es cometiendo cientos de errores a lo largo de todo el proceso. Solamente podremos conseguir el sentido de la creatividad libre de Dios si tenemos la libertad de jugar con las ideas.

Esto quizás pueda parecer algo muy académico, lejos de los asuntos ordinarios de la predicación del evangelio, de la preparación de las homilías dominicales, y de los grupos de discusión, pero creo que esto es fundamental para el progreso de la cristiandad en un mundo en cambio, puesto que todo depende de si nosotros podemos compartir con los jóvenes nuestro asombro por el Dios siempre nuevo. ¡Esto es doctrina sana y vigorosa!

Para que esto suceda, necesitamos buscadores fieles en nuestra Iglesia. Estos serán totalmente diferentes de los escépticos iluminados, que están siempre observando de lejos, mirando a los demás con ojos de sospecha, y dudando de todo. Este escepticismo radical fue necesario para el nacimiento de la ciencia moderna, por lo cual les estamos profundamente agradecidos, pero es mortal para la vida de la Iglesia. Siendo yo Provincial había un hermano en el consejo que nunca decía nada durante nuestras largas discusiones. Se limitaba a estar sentado en una esquina, mirándonos escépticamente. Y cuando habíamos acabado, después de haber votado, siempre decía: “Esta discusión estaba mal encaminada desde el principio, y por lo tanto me desvinculo totalmente de las decisiones tomadas”. ¡Esto me sacaba de mis casillas!

El buscador fiel necesita estar profundamente enraizado en su comunidad. Pienso en gente como Yves Congar, Marie-Dominique Chenu, Edward Schillebeeckx, Henri de Lubac, Karl Rahner, Gustavo Gutiérrez, Felicísimo. Seguramente no sea una simple coincidencia que todos ellos eran Jesuitas o Dominicos, miembros de comunidades religiosas que les apoyaban en sus inquietudes. Cuando Congar se preguntaba cómo había podido él aguantar el destierro y el rechazo en los años cincuenta, concluía: “le fait des frères en fin”⁵. “Es el hecho de los hermanos, en definitiva”. Nuestros propios contestatarios fieles, siempre en busca de algún destello del misterio del amor Trino,

4. Virtual Faith: The irreverent Spiritual Quest of Generation X. San Francisco 1998

5. Journal d'un théologien 1946-1956, p. 422

necesitan ser acompañados, nunca abandonados, sobre todo cuando no estamos de acuerdo con ellos. De lo contrario la hoja puede caerse y nosotros habremos perdido su alimento. Ellos solamente podrán sobrevivir si están expuestos al sol, al viento, a la lluvia e incluso a las manchas accidentales de los excrementos de los pájaros, si están apoyados por una vida cristiana y por sus hermanos y hermanas.

Una de las barreras instintivas contra nuestra fe es el supuesto de que la Cristiandad es una reliquia de épocas oscuras, antes de que la humanidad hubiera crecido y comenzado a pensar racionalmente. Nuestras creencias en Dios y en los milagros son reliquias de una época de supersticiones. Sin embargo el Papa Benedicto, en su controvertido discurso de Regensburg, señalaba que la llamada Época de la Razón significó el triunfo de una comprensión empírica particularmente restringida de la razón. Es una racionalidad apocada, que no puede reflexionar sobre cuestiones fundamentales de sentido, como son el origen y el destino de la humanidad, la naturaleza de la felicidad y de la libertad humana. Nada puede ser considerado como científico hasta que no haya sido medido y probado. A pesar de todos sus maravillosos logros tecnológicos – y conste que yo disfruto mucho de mi Iphone – nuestra sociedad es bastante infantil en lo que se refiere a los grandes temas. Por eso, concluye el Papa: “Hace falta valentía para comprometer toda la amplitud de la razón y no la negación de su grandeza: este es el programa con el que la teología anclada en la fe bíblica ingresa en el debate de nuestro tiempo”⁶.

El problema es que aunque nosotros los católicos decimos que creemos en la razón, con frecuencia no parece que realmente lo hagamos. No siempre actuamos como gente que cree que a través del diálogo podemos comprometernos con gente que piensa de modo diferente al nuestro y así llegar a la verdad. Sin embargo, este debiera ser uno de los mejores regalos que podemos ofrecer a una sociedad que busca desesperadamente un sentido y un significado al propio destino.

Permitidme que enseñe la oreja. Sospecho que en algunas Iglesias, incluyendo la nuestra, fallamos debido a tantos silencios. Valoramos tanto la unidad de la Iglesia que con frecuencia tenemos miedo a buscar la verdad por temor a crear divisiones. Pero si de verdad creemos que la razón y la fe no son incompatibles, entonces no tendremos miedo a ningún debate, puesto que si es caritativo y racional y conforme a la tradición, sin duda alguna, nos conducirá a Dios. Santo Tomás de Aquino no tuvo miedo de discutir sobre ninguna cuestión. Entre los miles de cuestiones que tuvo a bien considerar solamente rechazó una por considerarla totalmente estúpida, fue la idea de que el dinero mueve el mundo. Sin duda, él habría considerado a nuestra sociedad bastante estúpida. La unidad que no se fundamenta en la verdad no es unidad cristiana. Corre el riesgo de reducirse a simple conformismo.

Otras Iglesias cristianas fallan con frecuencia porque más que guardar silencio lo que encontramos en ellas es mucho ruido. Los teólogos truenan, los obispos braman, los curas pontifican, pero en realidad hay poco compromiso con la gente que piensa de modo distinto al nuestro. En este caso la tentación es valorar *mi* verdad a costa de la unidad, sin embargo, una verdad que no cura las divisiones, no es una verdad cristiana. Corre el peligro de convertirse en simple ideología o política de partido.

6 “Faith, Reason and the University: Memories and Reflections” Regensburg 12 September 2006.

En nuestro mundo de vértigo y ruido, cuando las discusiones con frecuencia toman la forma de poner por los suelos a los contrarios, nuestras iglesias debieran ofrecer un oasis para el debate sabio y caritativo, donde se nos viera como gente que busca la verdad con los demás. A un mundo sediento le decimos “alma mía bebe de la concordia hasta saciarte, corazón mío bebe de la sabiduría” (4 Esdras 8,4).

Esto exige de nuestros fieles buscadores una vida espiritual profunda: una vida de oración en la que uno mantiene vivo el sentido de Dios, el instinto por lo que es verdadero. Decía Congar, “He amado la verdad como si estuviera amando a una persona”⁷7. Es necesaria pues una gran humildad, ya que lo que se cuestiona no es mi verdad, mis triunfos, sino la verdad, y lo que la verdad es, posiblemente necesite muchos años para que salga a la luz, incluso, puede que no aparezca hasta después de la propia muerte. Cuando le preguntaron a Congar si creía tener las respuestas correctas, él replicó que no sabía, pero de lo que sí estaba seguro, era de plantearse las preguntas correctas. Todos podemos pensar en algunos teólogos controvertidos que no han resistido a la tentación de convertirse en famosos y presentarse a sí mismos como víctimas. Cuando un amigo le pidió a Pío IX que escribiera un prefacio para su libro, él le preguntó ¿por qué? Le contestó: “Para vender más copias del libro”. “He pensado en algo más fácil que todo eso, dijo el Papa. Puedo ponerlo sin más en el Índice de libros prohibidos”. Citando a Congar por última vez, decía en medio de la crisis el año 1954: “Decir la verdad con prudencia, sin escándalos innecesarios y provocadores. Permaneciendo al mismo tiempo –y haciéndome cada vez más – testigo verosímil y claro de lo que es verdadero”⁸8.

De este modo, nuestros fieles buscadores, como hojas del árbol eclesiástico, solamente podrán florecer si se abren al viento, a la lluvia y al sol, siempre que estén sostenidos por una vida prudente, reflexiva y espiritual. De esta manera nuestras grandes enseñanzas, como la Trinidad y la divinidad de Cristo, podrán entrar en diálogo fructífero con nuestros contemporáneos, y ser descubiertas como plenamente interesantes, liberadoras y verdaderas.

Por tanto, el fundamento de nuestra predicación será el tipo de conversación que mantengamos con nuestros propios hermanos/as y con los demás. ¿Hablamos entre nosotros sobre nuestra fe, nos atrevemos a compartir las preguntas y dudas que hay en nuestros corazones? ¿Nos mantenemos apegados a ideologías intolerantes, y sucumbimos a la presión de situarnos “en el lado correcto” a la hora de decantarnos por una línea de acción? ¿Somos de verdad libres para probar nuevas ideas o incluso para volver a las antiguas cuando hablamos los unos con los otros sobre nuestra fe? ¿Nos damos unos a otros ánimos para proclamar la verdad? ¿Somos receptivos a las películas, las novelas y la música que hacen vibrar el corazón de la gente, sin fijarnos si han sido hechos por cristianos o no? En caso afirmativo, encontraremos el lenguaje adecuado para una predicación del evangelio que sea actual y viva. Así conseguiremos una doctrina que no sea doctrinaria. Y más tarde intentaremos buscar una moral que no sea moralizante.

7 Building Bridges, p. 97

8 Journal d'un théologien 1946-1956. ed. É Fouilloux, Paris 2000, p. 271

2.- Haced lo que yo os he mandado

Jesús envía también a sus discípulos a todas las naciones, “enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado”. Hemos sido enviados a enseñar los mandamientos de Jesús. Por lo tanto la misión de la Iglesia incluye una enseñanza moral. Este es uno de los mayores retos para nuestra misión. ¿Cómo puede la enseñanza de los mandamientos ser vista como buena noticia? Si la gente sospecha de la doctrina como algo doctrinario, entonces todo lo que tiene algo que ver con la enseñanza moral es todavía peor. Puede ser visto como moralizador. Pertenecemos al mundo libre. Somos libres para hacer lo que nos parezca. ¿Cómo puede nadie permitirse el lujo de decirnos lo que tenemos que hacer?

La cultura moderna pone a la Iglesia entre la espada y la pared. La gente espera que los líderes de la Iglesia se pronuncien sobre lo que está permitido y lo que esté prohibido. Es nuestra tarea. Si surge un tema moral complicado, los periodistas enseguida llamarán al obispo local para conseguir una cita: “El Obispo Lynch prohíbe tal cosa”. Se supone que los cristianos respetan y defienden las normas morales.

Pero por otro lado, la gente normalmente quiere que la Iglesia prohíba lo que ellos ya no aprueban. Quieren que digamos a los demás lo que han de hacer. Los llamados católicos conservadores quieren que los obispos se pronuncien en contra de las uniones homosexuales, y los católicos liberales que los obispos hablen en contra de la guerra. Pero hoy, muy poca gente se siente realmente inclinada a cambiar su conducta debido a los pronunciamientos de la Iglesia. ¿Qué atrevimiento por parte de algunos hombres vestidos con esos graciosos sombreros puntiagudos que me digan a mí lo que yo tengo que hacer? Y siendo sinceros, ¿acaso no es un tanto infantil para la gente esperar pasivamente instrucciones de lo alto sobre lo que deben hacer? ¿Producirá esto gente moralmente madura?

Este es, por tanto, un reto importante para la predicación en el siglo XXI. ¿Cómo puede la enseñanza moral ser percibida como buena noticia? ¿Con qué ilusión aceptarán nuestros adolescentes normales que se les diga lo que han de hacer? Todo esto es un enigma puesto que nuestra cultura da por sabido que la moralidad trata de lo que está prohibido o de las cosas que estamos obligados a hacer. Hace referencia al control externo de nuestra conducta, y por lo tanto limita nuestra libertad. De ahí que en una sociedad libre, la Iglesia sea vista como un enclave de control moral. Para mucha gente el principio de su libertad está en huir de la religión. Los humanistas laicos hicieron una campaña de publicidad en los autobuses de Londres: “Dios probablemente no existe. Deja de preocuparte y disfruta”. Huye del Policía invisible en el cielo.

Creo que la misión de la Iglesia depende de poner en entredicho todo este modo de ver la moralidad. Charles Taylor escribió un libro amplio y erudito titulado *Una Edad secularizada*. Arguye que la cultura del control es en gran medida fruto de la Ilustración. Comenzando desde el siglo dieciséis, vemos a los reyes deseosos de tomar el control de la sociedad, y esto significó que gente como Enrique VIII de Inglaterra quería adueñarse del poder de la Iglesia. Lo mismo vemos en el caso de los monarcas absolutistas de Francia y España. El estado se fue haciendo cada vez más poderoso. Los pobres ya no

eran vistos como nuestros hermanos y hermanas en Cristo, sino como una amenaza que debía ser controlada. Se organizaron ejércitos poderosos para defender al estado contra los enemigos externos, y desde dentro se organizaron fuerzas policiales para defenderse contra las amenazas del populacho. Se produjo un gran incremento de la esclavitud, que fue uno de los mayores ejercicios de control jamás conocido en la historia humana. La sociedad se percibía como un mecanismo que hay que ajustar y manipular, más que como un organismo que progresa. Todo el universo aparecía como un gran reloj, y Dios se convirtió en el relojero. ¿Pero una vez que puso el reloj en marcha, quién necesita preocuparse más de Él? A medida que Dios empieza a desvanecerse, en ese mismo momento, el Estado ocupó su lugar. Una vez que Dios desaparece alguien tiene que dirigir el espectáculo.

Todo esto significó un cambio profundo en el modo de entender la moralidad. Dejó de ocuparse de la primacía del amor y del progreso humano. Ya no trataba más sobre las virtudes y las bienaventuranzas. Después de la Reforma, la moral se ocupó cada vez más de los Diez Mandamientos⁹. Se publicaron en público en las Iglesias protestantes. Eran los grados de la voluntad de Dios a los que había que someterse, no porque nos hicieran más santos, más humanos y más divinos, sino porque esto es lo que Dios quiere. Vemos, pues, el triunfo de la voluntad: la voluntad del Estado, mi voluntad, y la voluntad de Dios, sobre todo si Dios es suficientemente sensible para estar de acuerdo conmigo.

Sin embargo la actual crisis de nuestra sociedad ha demostrado lo nefasto que es para la moralidad de una sociedad estar basada sobre normas y controles. Los banqueros se han llevado bonificaciones escandalosas y han sido capaces de justificarlo diciendo que no han hecho nada que vaya contra las normas. Miembros del Parlamento Británico que fueron cogidos in fraganti reclamando gastos ridículos a los contribuyentes, tal como casitas para sus patos, se justificaron diciendo que no tenían nada contra las normas. Y los gobiernos en todo el mundo han respondido restringiendo las normas, introduciendo nuevas leyes y regulaciones. Todo eso está bien, pero no es suficiente, ya que siempre se pueden sortear las normas, sobre todo si se tienen buenos abogados y buenos contables.

Algunas Iglesias se sometieron a controles externos, y otras, sobre todo nuestra querida Iglesia, intentó resistir para conservar nuestra libertad. Con mayor o menor éxito resistimos al Emperador Romano, al Sagrado Emperador Romano, a las demandas de los monarcas absolutistas, a los Imperios del siglo diecinueve y al comunismo del siglo XX. Teníamos que hacerlo, pero en este proceso, la Iglesia católica se vio ella misma contaminada por la cultura del control. El precio que pagó por la libertad fue que la Iglesia se asemejara a aquellos a quienes se había opuesto. En el intento de ir contra corriente, con frecuencia acabamos conformándonos a la cultura secularizada del control. Pero si de verdad creemos que el mundo está en manos de la providencia divina, entonces nuestras iglesias debieran ser oasis de libertad.

La paradoja de la cultura del control de la Ilustración está en que cuanto más se intentan controlar las cosas tanto más escapan a nuestro control, y más derivamos hacia el caos. Vivimos en “un mundo fuera de control”, como lo ha llamado Anthony Giddens, “una

9 Cf. John Bossy Christianity in the West: 1400-1700. Oxford 1985 passim

selva manufacturada”, que camina a toda velocidad hacia el desastre ecológico y hacia la fusión financiera. Como señala Thomas Merton: “Detrás de la engañosa capa de los mitos sobre el progreso y la tecnología, parece estar funcionando un poder amplio y sin control que está conduciendo al hombre hacia donde no quiere ir, a pesar de sí mismo”¹⁰.

Por tanto, nuestro mundo está preparado para acoger la refrescante visión moral de Jesús. Sus mandamientos podrán ser vistos como “buena noticia” solamente si liberamos nuestras mentes de la idea moderna que se trata de sumisión a coacciones externas, de prohibiciones. Fijémonos en los diez mandamientos. Quizás algunos de nosotros estemos de acuerdo con Bertrand Russell cuando decía que había que entenderlos como un examen. ¡Ningún candidato debiera intentar responder a más de seis! En la segunda guerra mundial hubo un capellán polaco dominico. La víspera de la batalla de Monte Casino, al abrir su tienda de campaña se dio cuenta que había miles de soldados polacos que querían confesarse. ¿Qué podía hacer? Todo esto sucedió mucho antes de que se pensase en la absolución general, y mucho menos que estuviera prohibida. Se le ocurrió mandarles echarse cuerpo a tierra, de tal modo que no pudieran verse los unos a los otros, y les dijo: “Voy a ir repasando los diez mandamientos. Si habéis faltado contra alguno, moved vuestro pie izquierdo y con la mano derecha indicad cuántas veces lo habéis hecho”.

Este verano tuve la oportunidad de mantener una conversación muy interesante con mi buen amigo, el Gran Rabino de Gran Bretaña, Lord Sachs. Me decía que en la Torah no existe una palabra por “obedecer”, en el sentido de sumisión a un poder externo. Cuando después de la última guerra mundial se fundó el Estado de Israel, se vieron en la necesidad de pedir prestada una palabra aramea por “obedecer” en este sentido moderno. En su lugar existe la concepción de “escuchar”. Se nos pide que escuchemos al Señor nuestro Dios. No exi, por tanto, la idea de los mandamientos como coacciones externas. Son siempre una invitación a establecer una relación personal con Dios. “Yo, Yahvé, soy tu Dios, que te he sacado del país de Egipto, de la casa de la servidumbre. No habrá para tí otros dioses delante de mí” (Éxodo 20, 2 ss.). Los diez mandamientos no son la voluntad arbitraria de Dios. Son participación de su amistad y de su libertad. Fueron entregados a Moisés, a quien Dios habló como a un amigo. Son un aprendizaje en la libertad de la amistad.

Y lo mismo sucede con Jesús, Jesús revela su mandamiento nuevo a los discípulos la noche antes de morir, en el mismo momento en que les reconoce como sus amigos. “A vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer” (Juan, 15,15). En la Biblia, los mandamientos no son una sumisión de la voluntad, sino la entrada en la amistad con Dios y con los otros.

Richard Burridge, Decano de Kings, en Londres, ha señalado que Jesús “se rodeó de malas compañías mientras enseñaba buenos principios morales”¹¹. Comía y bebía con prostitutas y recaudadores de impuestos, tenía amigos de mala fama, y sin embargo, predicó el Sermón de la Montaña y nos pidió ser perfectos como nuestro Padre Celestial es perfecto. Es muy exigente. Sus demandas eran las de la amistad de Dios. Es solamente en el contexto visible de la amistad, donde de verdad podremos impartir

10 Citado en una recensión del ed. William Shannon y Christian Bochen Thomas Merton: a life in letters. Lion Hudson 2009

11 Imitating Jesus: An Inclusive Approach to New Testament Ethics. Grand Rapids 2007, p. 72

enseñanzas morales. Joseph Pieper, parafrasea a Santo Tomás cuando mantiene que “un amigo, que sea un amigo prudente, puede ayudar a perfilar la decisión del amigo. Lo hará en virtud de ese amor que hace que el problema del amigo sea su propio problema, y el ego del amigo su propio ego”¹².

Es solamente en la amistad cuando descubriremos lo que hay que decir. La doctrina se convertirá en algo vivo, cuando como yo sugería, nos comprometamos imaginativamente con nuestros contemporáneos. Así descubriremos junto con ellos destellos del Dios siempre nuevo. Y la enseñanza moral solamente estará viva si nos comprometemos en la amistad con nuestros contemporáneos, que es donde podremos descubrir la inesperada bondad de Dios, y cómo su amistad nos conduce por caminos que nunca antes habíamos anticipado. La doctrina y la ética se convertirán en algo vivo cuando nos comprometamos con el Dios desconocido, cuya intimidad nos conducirá a lugares nuevos.

Todo esto tiene consecuencias radicales sobre el modo de enseñar de la Iglesia. Lo que tengamos que decir solamente tendrá sentido en un contexto de amistad. Los Israelitas no podrían haber entendido los Diez Mandamientos fuera de la libertad y familiaridad del encuentro con Dios en el Sinaí. El Sermón de la Montaña no tiene sentido fuera del contexto de Jesús compartiendo la vida de los recaudadores de impuestos y de las prostitutas. Y por tanto cuando vayamos a hablar sobre temas morales, no será suficiente hacer declaraciones públicas en los periódicos, considerados como los grandes órganos de la opinión ilustrada. Debemos ser reconocidos públicamente como cercanos a la gente, compartiendo sus vidas.

Siendo yo estudiante en París, murió el Cardenal Danielou subiendo por la escalera para visitar a una prostituta. Como podéis imaginar, la Prensa estuvo llena de insinuaciones maliciosas. Sin embargo, todos los que conocían al Cardenal sabían que era un hombre de Dios que estaba atendiendo pastoralmente a los más despreciados, como lo hacía siempre. Estaba ofreciendo su amistad a los despreciados.

Incluso iré más lejos, no podremos incluso saber qué decir y cómo decirlo fuera de esta amistad. Tenemos que ponernos de parte de la gente, compartir sus dilemas, y estar atentos al evangelio y a las enseñanzas de la Iglesia junto con ellos, y entonces descubriremos conjuntamente la palabra que hay que compartir. Del mismo modo que la doctrina sólo puede estar viva si nos sorprende, así la amistad con Dios nos conduce a sitios nuevos. La gente andaba siempre intentando tender una trampa a Jesús. Le ponían cuestiones que parecían tener solamente dos respuestas posibles. ¿Debo pagar impuestos al Cesar o no? Esta mujer ha cometido adulterio ¿Deberá ser apedreada? Sin embargo las respuestas de Jesús conducen a la gente más allá de estas estrechas alternativas. La amistad con Dios es creativa. De nuevo nos damos cuenta cómo la amistad con Dios nos libera de los confines binarios y nos hace abrirnos a los espacios abiertos de la Trinidad. ¡Creo que es San Gregorio Nacianceno quien dice que pasamos de la diáda a la triada!

La segunda cosa que yo quiero sugerir, es que en la actual crisis moral, no será suficiente establecer normas. Esta crisis es en parte el resultado de pensar que la

12. Four Cardinal Virtues, p. 29

moralidad trata sobre todo de las normas. Cuando los Miembros del Parlamento británico tuvieron que afrontar sus intentos de conseguir más libras de los contribuyentes, la reacción más común fue: “Yo no he hecho nada malo, no he infringido las normas”. Y cuando se reveló que los banqueros se apropiaban de grandes bonificaciones aún cuando su gestión de los bancos era mala, su respuesta fue, “No va en contra de la ley”.

Una moralidad basada simplemente en la obediencia a las normas invita a la gente a encontrar un camino al otro lado de la norma, y a pesar de que se aprueben nuevas leyes, tu puedes conseguir cualquier cosa que te propongas siempre que puedas pagar a un buen abogado y a un buen contable. En los últimos diez años Gran Bretaña ha añadido tres mil nuevas leyes criminales al Código, y sin embargo todavía padecemos una gran crisis moral. Por supuesto que la regulación es necesaria, pero no es suficiente. Y aquí la Iglesia tiene algo maravilloso que ofrecer, se trata de una visión moral totalmente diferente basada no en las normas sino en las virtudes.

Para nosotros dominicos, esto puede parecer algo obvio. Quizá la segunda mitad de mi charla sea algo innecesario aquí en una casa de dominicos españoles. Pero quiero repetirlo porque no es tan obvio para nuestra sociedad. Con gran facilidad nos olvidamos de la maravillosa herencia de la visión moral de Santo Tomás. Para él la vida moral forma parte de nuestra vuelta a Dios, convirtiéndonos en gente que encuentra su felicidad y su libertad en Dios. Las virtudes no tratan sobre lo que nos está permitido hacer. Tratan de lo que estamos invitados a llegar a ser. No tratan sobre prohibiciones sino sobre la identidad. Las virtudes cardinales nos forman para ser gente prudente, justa, valiente y moderada. Las virtudes teologales nos enseñan a ser creyentes, esperanzados y amables, gente que encuentra su felicidad en Dios.

Por supuesto que tenemos necesidad de leyes como un aprendizaje para la ética. Durante algún tiempo el fraile joven que vino a vivir al cuarto siguiente al mío tenía la costumbre de cerrar la puerta de golpe y esto me irritaba sobre manera. En algún momento tuve el sentimiento de que podría matar al Hermano X. Pero teniendo en cuenta el mandamiento “No matarás”, me lo impidió. No es porque yo pensara “Amigo mío, quisiera matarle, pero desafortunadamente no me está permitido”. La ley me recuerda quien soy yo. Soy su hermano y en lo más profundo no quiero matarle... en modo alguno. La virtud te enseña a llegar a ser alguien que espontáneamente hace lo que es bueno. San Agustín lo expresa maravillosamente: “Ama y haz lo que quieras”. Pero si te limitas a someterte a las leyes, entonces serás como el músico que nunca va más allá de practicar con la escala.

Por tanto, la virtud trata de recordarte quién eres en Cristo, tu identidad. Esto me recuerda aquella historia en que un buen día Jesús volvió a la tierra y se encontró con San Pedro. Le dijo a Pedro, “Quiero hacer algo que antes nunca hice. Llévame a jugar al golf”. Se ponen de acuerdo para jugar un partido, Jesús golpea la bola y cae al lago, le dice a Pedro: “Por favor, vete y saca de allí la bola por mí”. San Pedro se mete en el lago, agarra la bola y se la da a Jesús. Jesús vuelve a golpear la bola y de nuevo vuelve a caer en el lago. Entonces Pedro le dice, “Esta vez puedes ir tu mismo a por ella”. Entonces Jesús camina sobre las aguas para conseguir la bola. Alguien que pasaba por allí les mira atentamente y dice: “¿No será este quien yo pienso que es?” “Por supuesto, dice San Pedro, el problema es que se cree que es Tiger Woods”. ¡En este momento Jesús estaría contento de no ser Tiger Woods!

Fijémonos rápidamente en las virtudes cardenales y veamos lo que significan para una vida dichosa. La primera es la prudencia. Para nosotros la prudencia suena como algo aburrido. Fue una de los lemas de Gordon Brown cuando era Canciller. Existe incluso un libro titulado “La prudencia de Mister Gordon Brown” (William Keegan). Parece ser una virtud con poca gracia y aburrida. ¡Herbert McCabe pretende haber conocido una familia con tres hijas llamadas fe, esperanza y prudencia!

Para nuestros antepasados la prudencia era algo mucho más interesante. Se trataba de la sabiduría práctica de vivir en el mundo real, viendo las cosas tal como son. De esta manera la persona prudente puede actuar de una manera valiente, si la situación lo exige. Su fundamento está en el ser sincero: ser sincero a las cosas como son, sincero con los otros, y sincero con uno mismo.

Tengo la impresión que todo este desastre económico que estamos padeciendo está enraizado en la imprudencia. No se trata de no haber estado atentos a los números, o de que hayamos aceptado riesgos innecesarios, o de que no tengamos reservas suficientes, sino de haber dejado que nuestra economía se apartase de la realidad. Los precios de las casas cada vez tienen menos que ver con el valor real de los ladrillos y del cemento de que están hechas y donde vive la gente. De hecho el valor de casi todas las cosas ya apenas tiene nada que ver con lo que las cosas son, sino con el valor que alcanzan en el mercado. El dinero se compra y se vende y su valor se dispara en cuestión de segundos alrededor del planeta, cada vez más lejos de la verdadera realidad. La última encíclica del Papa Benedicto “*Caritas in veritate*”, se centra sobre la creencia que amar a la gente es vivir con ellos en la verdad. Escribe: “*Sólo en la verdad resplandece la caridad* y puede ser vivida auténticamente. La verdad es luz que da sentido y valor a la caridad” (3).

Pienso que para nosotros el gran reto está en convertirnos en gente veraz, para quienes decir la verdad forma parte simplemente de nuestra dignidad y honor. Los políticos tienden a ver qué es lo que pueden conseguir. Si son sorprendidos mintiendo, entonces no dirán que han mentido. Dirán que simplemente se trata de un error de juicio. Se supone que su error fue pensar que no les iban a pillar. Los medios falsificarán la verdad hasta que sus abogados confirmen que no pueden ser demandados.

No tengo derecho a reivindicar ser más veraz que nadie. Soy hijo de esta sociedad. Pero pienso que se vendrá abajo a no ser que descubramos el amor por la verdad simplemente por sí misma, como algo honesto. Lo que me atrajo a los dominicos es que nuestro lema es “la verdad”. Se suele contar la historia de un hombre que estaba volando sobre el sur de Inglaterra en un globo aerostático, aterrizó sobre la copa de un árbol, sin tener idea del lugar donde se encontraba. Vio pasar a dos personas y gritó: “¿Dónde estoy?”. Una de ellas contestó: “Estás en un árbol”. “Oh, tu debes ser un dominico”. ¿Cómo lo sabes? “Porque lo que dices es verdad, pero es algo totalmente inútil”.

La segunda virtud es la justicia. Como hemos visto, la justicia es algo más que mantenerse simplemente dentro de los límites de las normas, obedeciendo la ley. No es suficiente para ninguno de nosotros decir, “No he hecho nada malo, no he infringido ninguna ley”. Tenemos que ser personas justas.

Santo Tomás describe la justicia como el dar a cada uno lo que le es debido. Esto suena más bien aburrido y mezquino. Te doy un euro y por tanto me debes un euro. Sin embargo, debemos a la gente mucho más. Cuando te enamoras de alguien y aburres a tus amigos explicándoles una y otra vez lo bonita, inteligente, dotada, simpática y amable que esa persona es, simplemente intentas ser justo con ellos.

El fundamento de la justicia está en actuar de tal modo que reconozcamos la verdad de la otra persona. Más allá de sus fallos, faltas y deficiencias, vemos su belleza y dignidad. El monje cisterciense Thomas Merton, un buen día fue al pueblo más cercano a encargarse de un trabajo de publicación y quedó maravillado por la absoluta bondad de la gente. Dice: fue como si de repente hubiera visto la belleza secreta del corazón de los hombres, la profundidad de sus corazones, donde ni el pecado, ni el deseo, ni el autoconocimiento pueden llegar...En el centro de nuestro ser hay un punto insignificante que no ha sido tocado por el pecado¹³. En el corazón de la justicia hay un respeto por el otro que brota de un pequeño destello de su dignidad.

Un mundo injusto es aquel en el que la belleza y dignidad de las personas está sistemáticamente oscurecida y negada. En Ruanda, durante el genocidio, las paredes estaban cubiertas de graffiti que decían: “Mata las cucarachas”. Los enemigos eran matados con palabras antes de ser asesinados con los machetes. Hace un par de años estuve en Zimbabwe poco después que el Presidente Mugabe hubiera proclamado su campaña de Murambatsvira, “limpiemos la basura”. La basura eran todos sus oponentes. Sus casas fueron arrasadas, más de setecientas mil. Por lo tanto la injusticia no sólo priva de bienes materiales a la gente. Les convierte en cosas, les hace objetos.

En el fondo de la vida del predicador está la creencia en el poder de las palabras que decimos. Pueden ser como palabras de Dios que edifican a la gente y les hacen más fuertes. Pueden ser palabras que dan vida. O pueden ser palabras que denigran, ridiculizan, minan, desprecian a la gente. Hablamos prácticamente durante todo el día. Comenzamos charlando durante el desayuno, intercambiamos rumores, compartimos las noticias, hacemos chistes, nos ofrecemos unos a otros palabras. Y por tanto, es capital para nuestra vida como predicadores ofrecernos unos a otros palabras justas y veraces. ¿Dices palabras justas, respetuosas y justas incluso de personas con quienes no estas de acuerdo? ¿Incluso sobre personas de la Iglesia que tienen otras teologías? De lo contrario, estaremos desautorizando nuestras vidas como predicadores de la palabra de Dios que da vida.

Una vez un rabino pidió a una mujer chismosa que le acompañara hasta lo alto de la torre con un cojín de plumas. Una vez en lo alto le pidió que abriera el cojín y dejara que las plumas volaran al viento. Entonces le dijo, “vete ahora y recógelas”. “Pero, rabino, eso es imposible, replicó la mujer, están esparcidas por todas partes”. “Eso mismo es lo que sucede con tus palabras malignas”, contestó el rabino.

Y por último está también la fortaleza. La fortaleza no significa no tener miedo. Con frecuencia lo sensato es tener miedo. Si tienes que rescatar a alguien de una casa en llamas, sería estúpido no tener miedo. Sin embargo, la persona valiente no está prisionera de sus miedos. Se atreve a hacer lo que es correcto, aunque sea con el miedo

13. (CGB, pp.157,158).

en el cuerpo. Pienso en estos momentos en Yvon, uno de mis hermanos que era el Superior de la Orden en Ruanda. Más tarde fue Socio para la vida apostólica y ahora es provincial de Canadá. Durante la época del genocidio trabajaba en un campo de refugiados de las Naciones Unidas al este del Congo. Había regresado allí sabiendo que arriesgaba su propia vida. Mientras estaba reunido con la comunidad en Kigali, de repente abrieron la puerta de par en par y la sala se llenó de soldados. Mandaron a todos los hermanos que se tiraran al suelo apuntándoles con la pistola a la cabeza diciendo: “Decidle a Yvon, que si lo encontramos lo vamos a matar”. Allí mismo estaba él tendido en el suelo temblando de miedo. Sin embargo él ha continuado volviendo allí con frecuencia. Esto es la fortaleza.

La persona valiente sabe que es vulnerable. Que puede ser herida física, emocional y psicológicamente. Algunas veces el mundo clerical puede ser un poco machista dejando a un lado nuestra vulnerabilidad, y pretendiendo que todos somos hombres duros. ¡Macho es una palabra española! Fortaleza significa que tenemos que aceptar el hecho de que no somos tan duros y que respetamos nuestra vulnerabilidad y la vulnerabilidad de los otros.

Y por último tenemos la templanza. De nuevo suena como una virtud aburrida. ¡Abres una estupenda botella de rioja para el cumpleaños de un amigo y solamente bebe un vaso, como un puritano y no como un verdadero católico! La templanza sugiere una cierta incapacidad para disfrutar de las cosas buenas. Los laicistas pusieron publicidad en los autobuses proclamando: “Probablemente Dios no existe, relájate y disfruta”.

Sin embargo, la templanza es algo mucho más interesante que todo esto. Se trata de suavizar tu deseo por la realidad. Significa apreciar las cosas como son. De nuevo, trata sobre la verdad. La justicia significa respetar la verdad del otro con tus pensamientos; la templanza con tus deseos. Cuando celebré mi veintiún cumpleaños como novicio en la Orden, pedí a mi padre que me enviara un vino bueno pero nada fuera de lo normal, ya que algunos de los novicios lo beberían sin saber de que se trataba. Pero por desgracia me envió un Burdeos extraordinario, que los otros novicios bebieron a tragos como si fuera mosto. Esto era inmoderado no porque bebieran mucho, sino porque no sabían apreciarlo. Si queréis daros cuenta de lo que quiero decir, lo único que tenéis que hacer es darme una botella de un buen vino y lo beberemos todos juntos con mucho gusto.

Nuestro mundo de efectos e imágenes, de publicidad y eslóganes, funciona cuando pretendemos comprar algo distinto de lo que en realidad es. El mundo de los efectos y del consumismo nos mantiene encerrados en la irrealidad. El teléfono móvil es percibido como una manera de ser sexy, los pantalones vaqueros como un modo de ser joven. ¡Me regalaron un teléfono móvil y no por eso me ha hecho más sexy!

Por tanto, pienso que nuestra sociedad está preparada para descubrir que la visión moral forma parte de la buena noticia. No se trata de prohibiciones y controles. Se trata de llegar a ser alguien que tiene un yo personal, alguien que es capaz de amistad, y en definitiva de amistad con Dios, participando así de su libertad y felicidad.